

LOS EMBAUCAMIENTOS

DEL

DOCTOR FRIAS Y SOTO.

LOS EMBUCAMIENTOS
DOCTOR FRÍAS Y SOTO

I.

Pertinacia Vergonzante.

Regalado por la Secretaría de Relaciones, de una manera oculta, misteriosa, furtiva, vergonzante, como quien busca una circulación que podríamos llamar «clandestina;» evitando con esmero que llegase á manos de personas independientes ó conecedoras de nuestra Historia; y cuidando, en cambio, de darlo á extranjeros que no conocen sino muy superficialmente la Historia de nuestra Patria, á subalternos que, como muchos de nuestros cónsules, no se distinguen ni por su ilustración ni por su independencia, y á algunos cuantos amigos íntimos, se ha ido deslizado un libro en que el Dr. Frías y Soto, pretende sostener el craso error vertido por Don Ignacio Mariscal, en su famoso "Brindis del Auditorium."

Aunque para disimular, tanto el verdadero objeto del mencionado libro, como el que haya sido costeadado por la Secretaría de Relaciones, cuidaron el autor y su Mecenas de agregar muchas páginas adulatorias del actual Gobernante; sin embargo, la carta que sirve de prólogo, el acaparamiento de toda la edición por la mencionada Secretaría, y el empeño decidido de restringir su circulación, al grado de no haber sacado á la venta un solo ejemplar, ni haberlo enviado siquiera á la Biblioteca Nacional, son indicantes evidentes, no sólo de que el libro del Dr. Frías y Soto obedece á una pertinacia nacida del amor propio más exagerado é irreflexivo, sino que lleva por objeto embucar, por de pron-

to, á los ignorantes en la materia, y presentar, más tarde, como una prueba de que el Sr. Mariscal había estado en lo cierto, el hecho, arteramente preparado, de que nadie había replicado á los argumentos—así pretenderán llamarlos—del mencionado libro, y que estos fueron la última palabra irrefutable de la polémica provocada por el famoso brindis.

El Dr. Frías y Soto, que se ha atrevido á dar á su libro el usurpado subtítulo de «Rectificaciones Históricas.» dice en la carta con que lo abre, que escritores jóvenes, que no conocieron los incidentes de aquellos sucesos, ni han estudiado profundamente la historia *intima* de la intervención, son disculpables de haberse apasionado, por extravío de patriotismo, al conocer las palabras pronunciadas por el Sr. Mariscal en el Auditorium de Chicago. Y en seguida, el Dr. Frías y Soto agrega: «Vd., señor, *ha dicho una verdad*, de esas que provocan tormentosos ataques, porque *no concuerdan con preocupaciones vulgares*, pero que debe consignar valientemente la historia, la gran reveladora que ni forja falsas glorias, ni se formida al tributar homenajes á la justicia.»

Ciertamente, si el Sr. Mariscal, en discurso de carácter histórico hubiese dicho una verdad, por desagradable que esta fuera para los mejicanos, nadie tendría razón al atacarle; pero como su brindis no tuvo ese carácter, es claro que el Delegado Especial debió omitir un concepto que, aunque hubiera sido verídico, tenía que lastimar los sentimientos patrióticos mejicanos, como tuvo cuidado de omitir el recuerdo de nuestra lucha de 1847, por no herir, sin necesidad, susceptibilidades norte-americanas; y, es claro también que la simple impertinencia de decir, en tierra extranjera y por halagar á extranjeros, palabras que, aun suponiéndolas ciertas, habían de lastimar el sentimiento nacional; es claro, repetimos, que esa simple impertinencia, no solo disculpa, sino que justifica los apasionados ataques

de una juventud fogosa y entusiasta. Pero no es ese el caso, el Sr. Mariscal, en vez de decir una dolorosa pero incuestionable verdad, incurrió, como ya lo demostramos, en un error de los más crasos; y la general indignación provocada por sus antiverídicas y antipatrióticas palabras, lejos de necesitar disculpas, merece grandes y legítimas alabanzas!

Si esos jóvenes, á quienes el Dr. Frías y Soto considera ignorantes—ya que ni conocieron incidentes de aquella época, ni han estudiado á fondo nuestra Historia—si esos jóvenes, repetimos, hubieran caído en equivocación al considerar, bajo el simple aspecto de la verdad histórica, el brindis tantas veces mencionado, su equivocación, como hija de la ignorancia, podría ser llamada «error;» pero, como el equivocado es el Dr. Frías y Soto y como su equivocación no puede atribuirse á ignorancia, ya que es profesor de Historia y ya que él sí presencié aquellos acontecimientos, hay que convenir en que no son errores los que vierte, sino positivos embaucamientos, lanzados al fértil terreno de la ignorancia y ocultados cuidadosamente á quienes, por su amor á la verdad histórica, podrían evitar que germinasen, brotaran y creciesen.

El Secretario de Relaciones, con cuidadoso empeño, ha tratado, como dijimos ya, de evitar que el libro del Dr. Frías y Soto, llegase á manos de personas independientes, y creyó conseguirlo, no sacando á la venta el mencionado libro y dejando de enviarlo á la Biblioteca Nacional.¹ ¡Inútil empeño! Nosotros debimos á la amabilidad de un joven diplomático sudamericano—ausente ya de nuestro país—así como á la indiscreción de varios amigos del Sr. Mariscal, haber conocido los embaucamientos pseudo-históricos del Dr. Frías y Soto.

¹ Cualquiera puede cerciorarse de esta verdad revisando los catálogos de la Biblioteca.